

DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Samuel 3, 3b-10.19): *Habla que tu siervo escucha.*

Salmo (39, 2.4ab.7-10): *«Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad»*

2ª lectura (1ª Corintios 6, 13c-15a.17-20): *Huid de la inmoralidad.*

Evangelio (Juan 1, 35-42): *Venid y veréis.*

Nos miramos a nosotros, a nuestra propia vida, y descubrimos que a veces no escuchamos cuando nos hablan, o que tenemos respuestas ya preparadas. Es sin duda una forma de defensa, de no permitir que otro asalte los muros de nuestra intimidad. A veces decimos de personas que tienen responsabilidades públicas, que “*todos son iguales*”; otras veces, ante nuevos planteamientos, decimos que es “*más de lo mismo*”, o que “*no se puede hacer nada*”; está por fin el extendido y nefasto “*siempre se ha hecho así*”.

Son respuestas tópicas que nos paralizan, que “*bloquean*” cualquier posibilidad de avanzar. Esto no solo hace referencia al desarrollo personal, o a la vida social, sino que tiene que ver también con la vida religiosa. Es más fácil y más cómodo no plantearse nada, no sea que mi vida, incluida la espiritual y cristiana se vea comprometida, y tenga que tomar decisiones, que me haga cambiar, salir de mi vida tranquila y serena.

La Palabra de Dios hoy nos plantea la posibilidad real de escuchar sin bloqueos y, consecuentemente, de permitir que lo que otro dice afecte a mi vida. En este caso el que habla es Dios al niño Samuel, y Jesús a los dos hermanos, Andrés y Simón Pedro. Samuel es un niño que está naciendo a la vida; no es esclavo aún de incomprendimientos que lo condicionen. Cuando oye esa voz en su interior, piensa que el anciano Elí le está llamando; no tiene “*claves*” para interpretar qué le está pasando. A la tercera llamada, el anciano Elí entiende que es Dios quien llama y pronuncia la frase que a día de hoy sigue vigente: **«Habla, Señor, que tu siervo escucha»**.

En el caso del evangelio asistimos a una cadena de propuestas y respuestas. Juan Bautista dice a dos de sus discípulos que Jesús es el **«Cordero de Dios»**; Jesús ve que lo siguen y les pregunta qué buscan; ante la invitación de Jesús a ir con él, los dos discípulos acceden; a continuación, anuncian con quién han estado. Es una relación de llamadas y respuestas, de aceptaciones, de experiencias, que llevan a conocer a Jesús. La actitud religiosa que posibilita la fe es la de ser “*oyente*” de las propuestas de Dios.

La palabra vocación tiene que ver con “*llamar*” (vocare en latín). El movimiento es de ida y vuelta: hablar y escuchar; llamar y atender; preguntar y responder. Así sucede en la vida cotidiana y por extensión en la vida religiosa. La vocación supone que alguien (Dios) nos interpela, y supone que cada uno de nosotros nos atrevemos a escuchar. A veces, decíamos al principio, no nos dejamos preguntar; de esta forma nos defendemos de posibles riesgos. En la vida cristiana sabemos que Jesús es quien llama a nuestro corazón, que habla en nuestro interior; cualquier vocación, sea la que sea, comienza por este paso humano, arriesgado, de dejarse preguntar.

La “*vocación*” o llamada de Dios es una invitación a seguirle, algo así como la confirmación de que la escucha atenta al Hijo predilecto de Dios no debe quedarse en mera información de algo noble y digno que se nos propone. En esa acción del Espíritu que es la vocación ya surge en nosotros el deseo de saber más de Dios, de gustar de sus enseñanzas y hasta nos viene en gana de participar de su propia vida.

Por eso la pregunta del que siente la llamada del maestro es algo vital: querer conocer cómo es su entorno, cuales son sus proyectos, de qué medios dispone y como administrarlos. Sí, Señor, yo quiero saber no sólo donde estás, para venir a adorarte sino también dónde vives; pues necesito de Ti para aprender a vivir como Tú vives. Sabemos que nunca alcanzaremos la naturaleza divina, pero es cierto que se nos ha concedido la posibilidad de vivir como hijos de Dios.

La respuesta del Maestro es altamente pedagógica: **«Venid y veréis»**. Sobran las palabras que podríamos no entender. Ven y verás, que nadie te cuente lo que tú mismo puedes conocer y experimentar, acércate al Maestro no sólo de palabras sino de vida; penetra en su espacio vital y descubrirás que no está lejos de ti. Solo tienes que facilitarle el acceso, pues Él quiere vivir donde tú mismo vives. Ese es el gran anuncio que nos hace hoy el evangelio: Jesús, el Maestro vive en el espacio vital de la humanidad.

Ese es el actuar de Dios, que no impone su existencia a nadie, sino que generosamente nos regala una invitación para compartir nuestra vida con Él. Quizás lo más sorprendente es que nos lo pone bien fácil, ya que para llegar a Él basta adentrarnos en lo profundo de nuestro ser donde anida su Espíritu. Es en este espacio donde vive Dios a pesar de nuestra resistencia y sólo se requiere nuestra aceptación para sentir el aliento divino en nuestro interior. Nosotros seríamos incapaces de encontrar a Dios si no fuera por la acción del Espíritu que ya actúa en nosotros.

No nos extrañe que el mundo ignore a Dios; tampoco tengamos miedo de que su negación lo haga desaparecer. La existencia de Dios y su presencia en el mundo no es una exigencia del ser humano, sino un regalo que generosamente Él nos brinda. Lo único que nosotros podemos exigirnos es mayor responsabilidad en nuestra relación con Dios.